

do de asiento o armazón a cada par, otros palos fuertes llamados macho y remacho, en la forma siguiente: cada aspa está formada por un palo largo y fuerte llamado vela, que va desde la extremidad libre del aspa hasta el eje en el que se fija mediante cajas y cuñas. Cada vela mide 8 metros de longitud y por lo tanto cada par de aspas miden 16 metros, más el grueso del eje que viene a resultar alrededor de 17 metros. Cada par de velas va unido por otro palo más grueso llamado macho, abrochado firmemente con trecheras a las velas y que mide unos 12 metros de longitud. Sobre ambos va otro palo más recio y corto, de unos 7 metros, llamado remacho, todos bien encajados en el eje al que atraviesan.

Las aspas, que son siempre de forma rectangular en el molino manchego y no triangulares como en los de otras regiones, miden 7,5 metros de longitud por dos metros de ancho y llevan un armazón de cábríos más o menos gruesos colocados en sentido longitudinal y transversal formando un bastidor llamado telera que sirve, como su nombre indica, para sujetar la lona que ha de recibir el aire como las velas de los barcos. Los cábríos traspasan el palo llamado vela en dirección oblicua como las hélices y los molinillos de los chicos, que si la pala de arriba se inclina hacia la derecha, la de abajo lo hace a la izquierda. Desde el bastidor al eje queda un trozo de vela sin cubrir para evitar el encuentro o choque de un aspa con otra y los cábríos transversales sobresalen unos cinco centímetros de los longitudinales para abrochar la sogas que corre por las asillas de la sogas llamada fija por estar cosida al borde lateral de las lonas. Es decir, que la lona que cubre las teleras y sobre las cuales azota el viento, llevan cosida una sogas a cada lado en senti-

do longitudinal, con diez asillas de esparto distribuidas en toda su longitud a cada lado, cuatro arriba y tres abajo. Por las asillas se pasa otra sogas llamada corredera que es la que se sujeta en los extremos libres de los cábríos transversales de las aspas, sin más que abrazarlos o abrocharlos como botones para dejar las lonas sujetas, por contribuir a ello también la fuerza del viento que las azota.

Gran estampa la de este gigante braceando en lo alto de un cerro ante un horizonte que se pierde de vista, con un aire que aturde y un crugir que sobrecoge y asombra, chasqueando tan ruidosamente las enormes y resacas maderas que forman su pesado armazón y que se mueve velozmente aunque no hasta perderse de vista.

Tan grande obra tiene, por lo general al mediodía, una puerta pequeña, de una hoja, como embutida en la pared y una dependencia aneja al caer de la plataforma llamada silo, casi siempre en forma de cueva o con poca obra de albañilería, aprovechando el declive del terreno, que sirve de almacén, de cuadra y de cocina, para el molinero y los arres.

La puerta se ve pequeña, aunque permite el paso cómodo, por la magnitud de la obra y por estar enrasada y fija en el quicio de dentro, como las de las quinterías, lo que las hace quedar como embutidas en la pared y ser menos vulnerables, más difíciles de violentar. Las más antiguas son de las llamadas quicialeras, por ir sujetas y articuladas mediante bisagras en un fuerte larguero adosado a uno de los costados de la puerta. Este larguero sobresalía más de una cuarta por encima del cabecero de la puerta, formando un espigón cilíndrico, que era el que entraba en el quicio embutido en la pared. Este quicio era otro tarugo fuerte, ho-